

MAGUI

Doña Magdalena apareció en el pueblo colgada del brazo de su marido, nuestro flamante Teniente Político, cuando conseguimos, después de no sé cuantos años de pelea, dejar de ser un caserío para convertirnos en un Cantón; a pesar de que por más de 10 años, desde la llegada de la peletizadora de yuca a la hacienda de los Vásquez, habíamos sido una próspera comunidad. Don Fernando Vásquez, el viejo, había prometido buena plata a todos los que sembrasen yuca, lo bueno es que en este clima selvático la yuca se da como mala hierba. Y cumplió, él la compraba a muy buen precio y la exportaba ya en cristales, de donde, según decían, en no sé que país, la convertían en almidón.

Llegaron de todos sitios, salían como de debajo de las piedras, por decenas, querían comprar tierras para sembrar, transportar, o sólo instalarse para ver qué hacían; y pusieron tiendas, bares, futbolines, hasta el chongo es de esa época. Mis papás también llegaron en esa tandada, él con una buseta que viajaba de Quito a Lago y mi mami, cocinera de toda la vida, se puso el restaurante. Todo funcionó bastante bien hasta que el viejo Vásquez se enfermó y se fue a Quito, a morir dicen. En su remplazó llegó el Juan, su hijo mayor. Vino con su mujer y el Junior que andaba como en los 17, pero madre e hijo sólo pasaban aquí las vacaciones, venían cargados de primos y amigos que se ponían de poncho el pueblo. Con el Juan sí que tuvieron que pelear, parar y quemar los campos, hasta ponerse de acuerdo con los precios. ¿Qué será cuando esté a cargo el Junior?, seguro que bronca parida, porque este si que salió niño rico; y peor aún con la metida de pico de todos los nietos del viejo, que según entiendo ya van como en 24, porque ya nadie hará caso de lo que Don Fernando decía, que sólo el primogénito, siempre y cuando fuera hombre y mantuviera el apellido Vásquez, manejaría la hacienda. La Alicia, en tiempos del viejo ya había dicho que eso no era así, que no era justo, que ella tenía el mismo

derecho que Juan, pero a la final le toco ceder. Ahora sí que no habrá cedidas, ya lo había gritado el hijo de la Alicia, en plena plaza y nada menos que el día en que se celebraba el aniversario de la muerte del viejo.

Ya ve, yo, de coles a nabos, como si me sobraran las palabras, las derramo sin ton ni son. Estaba hablando de doña Magdalena, la mujer de nuestro primer Teniente Político. Cuando llegó casi ni se le conocía la voz, serán unos 10 años, yo estaba saltando la soga en la calle, lo recuerdo como estarla viendo ahora: tenía sendo sombrero de paja toquilla, de ala ancha, “pava” llaman, un vestidito de popelina blanca, con flores menuditas, en azul oscuro, cuello camisero con encaje blanco al filo, medias de nylon, ¿se imagina?, zapatos cerrados y cartera de sobre bajo el brazo. Delgada y alta, pero bien dotada, como decía mi papá. La pobre no dejaba de ir a misa, se confesaba dos veces por semana, y según el taita curita, eran las confesiones más aburridas del pueblo, ni siquiera pecaba en sueños, salvo en aquellas noches de calor húmedo, antes que empezaran las tormentas, cuando casi no se podía respirar de lo cargadas y cercanas que estaban las nubes en el cielo; entonces ella, sudando, medio dormida, tiraba el pijama a un lado y sentía rico el roce de las sábanas en su piel y sin darse cuenta empezaba a acariciarse los pechos; por eso el curita siempre supo que terminaría mal; aunque ella, tan pronto se daba cuenta de lo que hacía saltara de la cama sintiéndose sucia por dentro y por fuera, se bañara en agua helada, se fregara con estropajo y luego tuviera esa culpa que no la dejaba dormir por algunos días. El padre igual la perdonaba siempre y le hacía rezar unos pocos Aves María, la oración de la mujer pura, pero ella rezaba el doble, porque no le parecía suficiente.

Era un buen padrecito, lo malo era que los domingos, después del almuerzo, se quedaba jugando 40 en el restaurante de mi mamá, se tomaba a sorbos una botella que traía en la sotana y de la que no dejaba que nadie más probara porque, decía, era pecado

mortal para cualquier cristiano que no fuera cura. Allí, entre caída y caída, les contaba a los demás jugadores las cuitas de medio pueblo, obvio, omitiendo los nombres y haciéndoles jurar silencio a costa de sus propias vidas, pero los detalles dejaban ver con claridad de quien se trataba, por lo menos para mí, la única sobria a esas horas, después de haberles servido por lo menos 3 jvas de cerveza. Ya entrada la noche, el curita se dormía y entre mi hermano y mi papá lo llevaban a la casa parroquial, decían que lo acostaban tal cual, porque es pecado ver un padre en calzoncillos, si es que los usaba, porque algunas decían que no. Debió haber sido igual por mucho tiempo, porque en Laureano, desde que me acuerdo, no había misa de domingo en la tarde.

Y otra vez, a este paso nunca le terminaré la historia. Dicen que la esposa de Juan Vásquez, sí, el dueño de la hacienda, invitó a doña Magdalena al té. Ella acostumbraba a hacerlo mientras estaba aquí, decían que se aburría y entonces invitaba a las señoras respetables del pueblo, las esposas de los finqueros, de los transportistas, hasta con la mujer del tendero; no, a nosotras nunca, es que en el restaurante no sólo se comía, también bebían y no se veía bien a las mujeres de esos menesteres. Así dicen que empezó a visitar la casa grande. El Junior la llevaba y la traía todo el tiempo. Cada vez las regresadas a su casa eran más tardías, los téns más largos y las confesiones más escasas. Se comentaba que el tiempo se le iba más en el viaje hasta allí y desde allí, que en la visita; y es que se les notaba a ambos, todos lo sabían: ella y el Junior, se traían algo. Pero don Félix, nuestro Teniente Político, no lo sospechó, ni siquiera cuando ella empezó a usar vestidos más abiertos, faldas más cortas y colores más vivos; fue sólo cuando doña Magdalena empezó a reír, que él lo supo. No, no es que antes no lo hiciera, claro, lo hacía, pero ahora eran carcajadas y todo el tiempo, parecía un cascabel que ante el menor estímulo sonaba y sonaba. Una vez la vi en la tienda, fue por algo que le dijo el tendero y que a su mujer no le gustó, entonces doña Magdalena empezó a reírse y su risa lo llenó todo y cuando la

primera carcajada estaba a punto de extinguirse, una más fuerte llegaba y la cubría, contagiando a todos, incluso a los que acababan de llegar y que no tenían la menor idea de qué se reían, pero que lo hacían con gusto. Fue entonces cuando don Félix dijo que se iba, que la selva había embrujado a su mujer y que él no podía con aquello, que ya mandarían a otro de Quito.

Pero doña Magdalena, o a esta altura ya debería decirle la Magui, no opinó lo mismo que su esposo, se le paró enfrente y le gritó, con tanta fuerza que se la oyó desde la plaza: Ella no se iba con él, suficiente vida había malgastado a su lado, en 10 años de matrimonio no había conocido la felicidad, no había reído, ni siquiera había sabido lo que era un orgasmo, literalmente, porque ni siquiera había escuchado la palabra. En ese punto más de una de las viejas que caminaban por la plaza perdieron la respiración; pero la recuperaron de inmediato para poder seguir escuchando, claro, anteponiendo las inevitables bendiciones que requiere una mala palabra. Ella, sin dar importancia alguna a lo que sucedía fuera de su casa, continuó gritando ante el pasmado don Félix, que la bella casa que acababan de comprar, debía dejarla a su nombre y que además quería para ella una buena pensión, inscrita en una notaría de la capital, que ella sabía exactamente lo que había ganado en este tiempo, sabía de cada centavo que se metió por cerrar los ojos en la frontera y de cada centavo que se había gastado yendo de putas para hacer lo que no le hacía a ella. Obvio, nueva asfixia en la plaza, nuevas bendiciones y nuevo silencio para seguir escuchando. Y finalmente le aconsejó, ya más calmada, que mejor era que se fuera durante la noche para que así no tuviera que explicarle nada a nadie.

Así lo hizo el pobre don Félix, a quien nadie quería, porque cuando no estaba borracho estaba putiando y cuando no, estaba al otro lado haciendo sus negociados; salió del pueblo entre gallos y medianoche.

Ella se levantó temprano, abrió las cortinas de par en par, cantó, bailó en el porche con la escoba, regó las plantas, recogió flores y salió a la plaza a media mañana. Nadie le perdía movimiento, aunque cuando la tenían enfrente fingieran no verla. A ella parecía no importarle. Cuando salía de la tienda se encontró, a boca de jarro, con Juan Vásquez, que paso a su lado sin decir una palabra, entonces ella lo tomó por el brazo y le dijo en tono muy amigable, que creía que no la había visto; a él no le quedó más remedio que sacarse el sombrero y murmurar algo que nadie oyó. Creo que en ese día, todos, por alguna razón que no puedo entender, empezaron a apreciar a don Félix.

Así fue como empezó doña Magdalena a ser la Magui. Pero no cambio sólo su nombre, no señor, lo cambió todo: se soltó el pelo, se puso sandalias, las que poco antes le parecían vulgares, lo sé porque sé lo había dicho a doña Carmita cuando le enseñó las últimas que había traído de Colombia; hasta se la veía en shores los días de mucho calor. Pero el cambio fue poco a poco, casi imperceptible, es más, nadie se dio total cuenta hasta que estuvo terminado, hasta que ya era otra persona y esa persona no le gustó a casi nadie: las señoras empezaron a hablar de ella, a virarle la cara en la calle, ya no como si no la vieran, la veían con rabia, antes de desviar su mirada, pero ella ni por enterada, saludaba a diestra y siniestra como si los desplantes fueran con alguien más. Las “ñiñas del chongo” la insultaban siempre que la veían, decían que ella sí que pecaba, porque lo que hacía no lo hacía por necesidad, aunque nadie pudiera nunca explicar con exactitud que era lo que hacía. Salía cada mañana de su casa, canasto en mano según unas, candongueándose por media calle, según otros, repartiendo risas por donde pasaba.

Pero todo esto no hubiera tenido importancia alguna, ni siquiera estuviéramos aquí hablando de ello, de no ser por los mejores amigos de la Magui: Marco y Charco. Su madre se había quedado dormida bajo la camioneta que repartía el gas y el menso del chofer la aplastó junto con el resto de su cría. A los dos machitos que quedaron los

envolvieron en un trapo y los pusieron en la parte de atrás de la gasolinera, para esperar que se murieran por cuenta propia. Pero la Magui los oyó desde el otro lado de la calle, cruzó y los compró, con una enorme sonrisa, como lo hacía con todo. No medían más de 15 centímetros y juntos no llegaban a pesar 1 libra, parecían dos ratas, uno chocolate y otro negro, con una mancha blanca, exacta en los dos, en el ojo izquierdo. Nadie pensó que vivirían, pero así fue. La Magui los metió en su pecho, entre sus senos y se confundió en un saco por algún tiempo, hasta que ellos pudieron generar su propio calor. Los alimentó con mamadera y los cuidó de tal forma que no extrañaron a su madre. Los dos cachorros se convirtieron en perros adultos con una rapidez asombrosa; siempre estaban al lado de ella y cuando salía al porche saltaban y jugaban a su alrededor como dos adorables corderitos, pero cuando alguien se acercaba a la reja de su jardín, se abalanzaban como verdaderas fieras, arrugaban la piel de sus hocicos dejando ver sus enormes dientes, encajados en unas encías de donde parecía estar a punto de brotar sangre, de lo rojas e inflamadas que las tenían, el pelo de la nuca se les erizaba como cepillo de crin y las venas del cuello parecía cables de acero a punto de reventarse por la tensión; aterrorizaban, la gente dejó de circular por ese lado de la vereda.

No sé bien de donde salió el cuento, creo que fue de esa tarde en que el tendero tocó a la verja para entregar un pedido en casa de la Magui.